

Cuando los aplausos se desvanecieron como si de un desierto se tratase, tomé el mínimo aire que mis pulmones necesitaban para funcionar. Como si en vez de un escenario me encontrase en la cuerda floja de un circo.

–Eric Crawford: –había oído tantas veces mi apellido y tan pocas mi nombre que olvidé que era yo quien me nombraba.

*Algún día los ángeles perdonarán  
que conozca los secretos humanos.*

Había recitado este poema ante el espejo cientos de veces antes de atreverme a recitarlo delante de un público. No tiene nada de especial para los demás. Un léxico simple que daba a mi voz un sonido muy británico, haciéndome cosquillas en el paladar. Podía saborearlo si quería, pero esta noche era de letras, no de sabores.

*Porque sólo ellos saben,  
que yo sé,  
que esos secretos les hacen menos humanos,  
y a ellos menos ángeles.*

Si no tuviese los ojos cerrados sería menos peliaguda esta situación, pero entonces mi lengua no dictaría cada palabra como si de un trabalenguas se tratase.

Faltan dos estrofas todavía, y parece que en el reloj se estaba entablando una lucha de espadas entre las dos agujas. Esta lentitud consiguió que una gota de sudor acariciase la patilla de mis gafas de sol. Esto hizo que los músculos de mi brazos se tensaran, y la tirantez de éstos era tan fuerte que la sintieron cada dedo de mis pies. Mientras no la sientan mis dientes todo estaría seguro.

*Quizá algún día reconozca,  
ante los demonios,  
que guardo un secreto.*

La poesía para mí resultaba irresistible como una noche de dos. Y resistible como cada noche estando solo. La reyerta entre la fatalidad y la dicha. Como el hilo rojo que une a los enamorados, que sólo es imaginado por el que está enamorado.

Sencilla y sublime, pero poco comprensible.

*Aquel 'algún día',  
cuando mi secreto deje de ser mío,  
y los demonios  
me guarden a mí.*

Fue entonces cuando mis labios pudieron retomar su estado más común, y pude notar cómo el sonido de los aplausos retumbaban en las paredes del auditorio. Por lo que pude oír, aunque mi oído no era del todo fino, me encontraba ante un mínimo de doscientas personas. ¿Tan lejos he llegado con un bolígrafo y un papel? O eso, o el mundo era tan ignorante como me imaginaba para inclinarse ante un par de palabras que provocaban eufonía.

Después de una hora de recital, me encontraba exhausto, a la vez que aliviado. Todavía tenía miedo de que mis palabras se trabaran en público, como cuando empecé en esto de la poesía.

De camino al camerino no quise encontrarme con algún otro poeta, escritor o interesado, así que aligeré el movimiento de mis piernas como si de verdad tuviese prisa.

El camerino estaba como antes de llegar yo, exceptuando mi cartera, la cual tenía color ébano y

los picos ligeramente desgastados. Esta cartera fue lo primero que compré al instalarme en Londres. Los poetas, aunque reciten a miles, seguirán siendo pobres.

Me miré al espejo antes de salir, y me re Coloqué los rizos rubios que caían sobre mi frente, echándolos hacia un lado. Acompañé este movimiento con una sutil sonrisa, la cual no me terminó de gustar. Acomodé mi cartera en mi hombro izquierdo y me dispuse a salir por la puerta. Entonces, encontré a alguien con el puño dispuesto a llamar a la puerta que ya no se encontraba cerrada.

–Lo siento mucho, señor Crawford –afirmó una voz clara a la vez que preocupada después de dar un respingo y esconder su brazo derecho a su espalda.

No creo que tuviera mi edad. Su complexión era delgada, pero no débil. Debía medir unos veinte centímetros menos que yo, porque tuve la oportunidad de dirigir mi mirada hacia cualquier otra parte que no fuesen sus ojos. Tiene un pelo ondulado pelirrojo muy bonito.

–¿Quién eres y qué quieres? –formulé como efecto reflejo. De todas formas, no necesitaba más información que esa.

Entonces guié mi cabeza hasta donde deducía que estaban sus ojos, pero con los míos cerrados. Controlaba esta manía mía tras años de práctica como para saber que ella pensaría que la estaba mirando, sin distinguir mis ojos detrás de los cristales de las gafas.

–Sylvia Peters, periodista. Me gustaría hacerle un par de preguntas, señor Crawford. ¿Sería tan amable de concederme una...?

–¿Entrevista? Sí, claro, sígame.

Estaba tan exhausto y ella tan nerviosa, que no supe negarme. Realmente no estaba seguro de querer una entrevista, pero hacía tiempo que no mantenía contacto con algún tipo de vida humana. Supongo que sería eso lo que me impulsó a aceptar la oferta.

Tampoco es la única vez que permito entrevistas de imprevisto. Sobre todo viniendo de una mujer.

–¿Dónde tendremos la entrevista, señor? –su nerviosismo parecía aumentar por segundos.

–Donde sea, pero fuera del teatro. Está a punto de cerrar.

Nuestro paso tomó una velocidad que casi podía sonar como bongos o cualquier tipo de percusión. Mis zapatos y sus tacones creaban una bonita sonoridad.

Caminábamos hacia la puerta trasera, pasando por el pasillo que conectaba con diferentes camerinos. La mayoría de ellos estaban ya cerrados, pero cuanto más nos alejábamos de allí, más se podían escuchar conversaciones de músicos, actores o más poetas. Aun así, mantuve los oídos cerrados y los ojos abiertos, centrados en el suelo.

La periodista se encontraba a un paso menos que yo, pero tomó la seriedad del toque de queda del teatro y caminó rápido.

Una vez fuera, noté cómo me agarró del brazo. Un cúmulo de artistas se encontraban en la puerta. A veces me pregunto por qué los seres humanos son tan torpes de hacer este tipo de cosas.

Cuando por fin pudimos alejarnos a pocos pasos de ese grupo cerrado, me giré hacia ella, volviendo a cerrar mis ojos. Entonces soltó mi brazo.

–¿Bar o restaurante? –pregunté con nerviosismo a la vez que enfado atragantado por el suceso de la puerta.

–Bar, por favor.

Nuestros pasos ya podían dejar de ser ligeros y ser más pesados.

–¿Te decantas por algún bar cercano? –pregunté para eliminar el silencio incómodo.

–No vivo por aquí, lo siento, señor Crawford.

–Entonces habrá que improvisar.

Seguimos caminando hasta el final de la calle, donde un bar que hacía esquina nos pareció llamativo. Sabía que a ella también, porque redujo sus pasos a cero.

–Debo deducir que éste es el lugar que buscábamos, ¿no, Sylvia? –mientras caminábamos pude recordar su nombre, lo cual me salvó de alguna próxima situación incómoda.

–Es genial –dijo con un tono suavemente infantil.

Al entrar el calor se nos echó encima. Casi olvido que era otoño. Aun así, mi traje me confortaba, pero no me fijé en que ella pudiera tener frío. Llevaba una camisa blanca con dos botones desabrochados, unos pantalones negros y una gabardina negra, más oscura que sus pantalones, que alimentaba el calor que ese cuerpo delicado podría irradiar gracias a ese espeluznante pelo de algún extraño animal que lo cubría.

Nos dirigimos hacia la única mesa que quedaba libre. No teníamos que leernos la mente para saber adónde ir.

Al sentarnos, el calor se hizo más sofocante.

–¿Estamos en Londres o en el Sahara? –intenté ser gracioso, pero ni yo lo era, ni ella se dejaba hacer reír. Aun así, entendió mi impertinencia quitándose la gabardina.

–Señor Crawford, permítame comenzar con la entrevista –dijo acompañando sus palabras sacando una grabadora que guardaba en una especie de bolso que se dejó ver tras la gabardina.

–Sí, claro, pero llámeme Elric. Estoy más que hartos de mi apellido.

El camarero apareció. Ella pidió una Coca Cola, yo una cerveza sin alcohol. Realmente tenía prisa en que respondiese sus preguntas. Ni siquiera tomó tiempo para pensar qué quería beber.

–Sigamos. ¿Desde cuándo comenzó en la poesía? –se notaba que ella intentaba ser lo más profesional posible, pero simplemente me pareció una chica acabada de salir de la facultad y asustadiza.

–Ah, una pregunta clásica y fácil, ¿eh? –intentaba no sonar arrogante, pero ese es mi mayor defecto–. Pues comencé con unos trece años.

Gracias al uso de mis gafas pude avistar su escote. Tenía una piel muy joven; blanca como las paredes de un hospital y delicada como una lluvia corta y pasajera.

–Gracias, señor Crawford –recordó mis palabras anteriormente–. Perdone, señor Elric. ¿Tuvo usted alguna inspiración para decantarse a la escritura? ¿Algún escritor como ídolo o familiar interesado en éste arte?

–Realmente no. Nunca he tenido un ídolo ni he fijado mis ojos en otro ser –me rasqué la mejilla izquierda–. Sinceramente, no quería trabajar en trabajos comunes, o donde tuviera que compartir miradas con otros.

La observé tomando su bebida. Tiene la manía de cerrar los ojos cuando bebe. Me parece tierna a la vez que incoherente.

–Es gracioso que hable de miradas cuando usted no permite que le miren a los ojos. Esta pregunta es sólo curiosidad. ¿De qué color son sus ojos?

–¿Mis ojos? Esta respuesta es sólo curiosidad, pero tendrá que averiguarlo –intenté sonar pícaro, pero soné más bien acosador.

Ella sonrió. Lo supe al poder escuchar el movimiento de sus labios. Me alegra no haberla asustado.

–¿Cómo llegó a darse a conocer como poeta en sus inicios? Es una pregunta muy repetida en jóvenes talentos.

–Vaya, ésta pregunta sí es difícil –no podía responder con la verdad absoluta–. Entablar amistades con directores de escena abre muchas puertas. Quizá incluso sea una llave.

Sonaría desesperado y ruin hablar de un chantaje para poder recitar en un teatro que ya ni siquiera se mantiene abierto. Tampoco me interesa que esta joven sepa todo.

–Muchas gracias, Elric –sonaba realmente agradecida. Y no comprendo por qué–. Su poesía se encuentra cercana a lo romántico. ¿Está dedicada a alguna mujer o ser querido?

Sabía que esta pregunta llegaría.

–No. Y si lo estuviera, mi musa se mantendría sellada ante cualquier revelación a los medios de comunicación –mi tono se volvió mucho más serio, y mi comportamiento más cerrado que al comienzo de toda esta parafernalia.

Ella notó que esa pregunta no debía haber sido nombrada. Aun así, intentó arreglarlo.

–Entonces... ¿esos sentimientos que desenmascara en cada poema no tienen raíz? –ella también sonó más cerrada. Habíamos podido alcanzar un poco de cercanía, pero ésto parecía llegar a su momento menos tierno. Tampoco me desanimaba este factor.

–Pasión –suspiré con una mezcla de enfado y cansancio–. La pasión por... querer huir. ¿Es que no usas tú el periodismo como escape, bonita?

Notaba cómo mi enfado estaba evolucionando. Mis sentimientos son caprichosos y volubles.

–Elric –intentaba ser tranquilizadora conmigo. Posó su mano derecha sobre la mía izquierda–. Tengo pasión por la historia, por los hechos. Busco la verdad con el periodismo. Y con hechos como ésta entrevista puedo encontrarla y luego plasmarla a un público. Eso me hace escapar de todo lo demás para centrarme. Hoy tú eres mi verdad.

En estos instantes deseaba mirarla a los ojos. Me había calmado como si en vez de periodista fuese psicóloga. Mejor dicho, parecía trabajar en cualquier ámbito, menos en el periodismo.

–Esa musicalidad... ¿no será que sea cantante?

Ella rió.

–Debemos seguir con la entrevista, señor Elric –al decir esto, se quedó callada durante un par de segundos–. Adoro su nombre –ese halago me hizo bajar la cabeza hacia el suelo. Ella lo notó y volvió a reír. Es muy risueña incluso en situaciones que no inspiran felicidad–. ¿Cuándo saldrá a la venta el nuevo poemario que contiene los poemas con los que nos ha cautivado hoy?

–Todavía no lo tengo planificado, pero espero que sea pronto. He intentado que fuese tan bueno que incluso podría dejar de escribir –le di un tono cómico. Ella volvió a reír, aunque quizá menos.

–Me extraña que lo suyo sólo sea pasión.

Esa ocurrencia fue tan nociva que ésta vez no pude mantener mis ojos cerrados más tiempo, y obtuve la imagen al completo de ella. Desde los reflejos de luz formados en su pelo hasta la punta de sus finos dedos.

Éste fue el cenit de la noche. La había mirado a los ojos.

–Lo siento, Sylvia –me levanté y agarré mi cartera, que estaba en el pie de la silla. Saqué un billete y lo dejé en la mesa–. Tengo que irme.

–Elric, no, lo siento yo. No te vayas –ella también se levantó y apoyó un brazo sobre la mesa–. La entrevista todavía no ha terminado.

Frené por completo cualquier movimiento ante éstas palabras.

No quise mirarla otra vez a los ojos.

–El miércoles en la puerta de éste bar.

–¿Hora?

–Siete.

Nos quedamos en silencio. El bar y su bullicio seguía manteniendo su fina línea sonora que parecía no entrar en nuestra escena en ningún momento.

–Hasta la próxima –no quise que esta conversación terminara con otra voz que no fuese la mía, así que me abrí paso entre la gente lo más rápido que pude. Casi me abrí paso entre mi propia existencia.

Al cerrar la puerta del bar, noté frío. El calor que irradiaba el bar me había desacostumbrado a Londres.

Caminé hacia el teatro. Había aparcado mi coche en una calle cercana.

Pensé en lo que había pasado. Esto me había desazonado. Había visto ojos, terceros ojos e incluso ojos en la nuca, pero jamás unos tan verdes y tan... Era incomprensible. Inimaginable.

Me quité las gafas y las guardé en la cartera mientras proseguía la búsqueda hacia mi coche. Ahora mismo no me importaba mirar a los ojos a cualquier otro, y de todas formas, a las once y media de la noche, las callejuelas de Londres estaban más que solitarias.

Al entrar en mi coche, parecía que en vez de sentarme yo, se había sentado mi alma. Me despojé de nerviosismos, pero mi corazón todavía latía. En vez de corazón, tenía un metrónomo, con un tempo de *Allegro*, pero sin alegría.

Quizá el miércoles se encontraba lejano. Lo había planificado en *presto*, sinceramente. Todavía es sábado. Tendría tiempo para pensar, y esa es la peor de mis condenas.

Mientras el miércoles llegaba, tuve tiempo de leer un par de veces el periódico. El mundo estaba muy necesitado, y eso lo tenía más que sabido. Sigo pensando que desear la paz es un acto muy hipócrita. La paz es más que controlable. Y quien controla la paz, habla de ella, pero no la desea.

Marqué un par de números. Las llamadas siempre fueron mis peores enemigos. Aunque, por esa parte, evitaba miradas, lo cual me fascinaba. Pero la maldad también se encuentra en la lengua.

Recordé las palabras de Sylvia. No tan dolorosas, pero sí envueltas en espinas. El tópico de los poetas enamorados está más que visto. Quién se creará para tacharme de enamorado.

Y quién me creeré yo para atreverme a mirar sus ojos.

Quiénes nos creemos los seres humanos.

Puse mi canción favorita en el tocadiscos que la herencia de mi padre me facilitó. Y dormí. Quizá con una incertidumbre con la que nunca antes había dormido.

Y con incertidumbre desperté.

Siempre dudo en qué calles coger cuando conduzco. Es como un juego. Elijo una calle sabiendo que la mayor de mis posibilidades son de acabar en un atasco producidas por algún insolente que intenta aparcar al final de la línea de coches.

Y así me encontraba hoy.

Siete minutos para la entrevista. Me encontraba ansioso por verla. Ansioso, furioso, susceptible y tan arrogante como siempre.

Miré la pluma de escribir que colgaba del espejo del coche. Luego miré la vieja tapicería color beige. Estaba desgastada y llena de polvo.

Al fin pude aparcar a unos veinte metros del bar.

Mientras caminaba hacia allí la vi. Ella estaba agarrando otro bolso diferente al del otro día, sujetándolo con las dos manos. Se notaba tensa. Esta vez se había recogido su pelo pelirrojo en un moño, de tal manera que parecía incluso castaño. Un jersey gris sin muchos detalles, y una falda negra con vuelo. Tenía suerte de que hoy no hiciera tanto viento como ayer.

Al ver que llegaba levantó la cabeza, y nuestras miradas se saludaron. Después de tanto pensar en sus ojos, no tenía miedo de volver a observarlos.

Realmente deseaba tenerlos cerrados. Caminar hacia ella se había vuelto demasiado incómodo. Y la situación ya lo era después de mi completa huida del sábado pasado. No sé ni siquiera si después de eso sigue deseando que la entrevista siga en pie. Al menos, ya estaba allí, en frente suya.

—Hola —dijo ella con un tono bastante sólido. Poco faltaba para que su aliento se volviese hielo. Estaría enfadada conmigo. O al menos, decepcionada. Y eso me hubiese dejado indiferente viniendo de cualquier otra persona, pero esta vez... era diferente.

No me gusta saludar, así que simplemente hice un movimiento rápido con la cabeza hacia abajo como saludo.

—¿Entramos?

Todavía mi voz no había entrado en juego. Era ella quien estaba dirigiendo esta batalla.

–Sí, claro –por fin algo coherente había salido de mi boca, y no había muestras de enfado o desánimo. Era un milagro.

Al abrir la puerta para que ella y yo entráramos, observé de frente a un hombre sentado en la barra del bar, la cual no se encontraba a más de dos metros y medio de nosotros. Estaba hablando con el mismo camarero que nos atendió a Sylvia y a mí el pasado sábado. Al verme entrar, el camarero me señaló. Entonces caí en la cuenta. ¿Alguien había contado a prensas mayores que yo había estado en aquel bar la semana pasada? O peor todavía: ¿alguien había contado a prensas mayores que yo había estado en aquel bar la semana pasada con una mujer?

Mi respuesta ante esto fue cerrar la puerta de sopetón.

Miré a Sylvia.

–Si de verdad quieres tu entrevista, ven a buscarla.

Había sonado como el protagonista de una novela adolescente, lo cual había llegado a odiar. Pero poco importaba eso ahora que estábamos corriendo.

Cuando estábamos a cinco metros del coche me giré, y era demasiado tarde para eliminar pruebas. El hombre que había estado hablando con el camarero en el bar, salió de él con otros dos hombres, los cuales portaban sus respectivas cámaras. Nos habían hecho fotos. Dignas de una primera plana de revista del corazón. A las ancianas les encantará.

–Entra, está abierto –le intenté decir rápidamente, aunque eso provocó que mis palabras chocaran y fuese incomprensible. Ella parecía saber leerme la mente, porque abrió la puerta del copiloto y entró.

En cuanto entré no tuve tiempo suficiente a acomodarme el cinturón, así que decidí ponérmelo cuando ya nos hubiésemos alejado de ellos. Pisé el acelerador calle arriba, doblando en unas cuantas calles para asegurarme. Luego, el paso pudo reducirse.

–¿Terminaremos la entrevista? –preguntó Sylvia con miedo al rechazo, pero con un tono amable por si dudaba en permitírsela.

–Tendrá que ser en mi casa –el coche ya estaba parado, así que dirigí mi mirada hacia ella–. Pero como escribas en la entrevista dónde vivo, o se te ocurra contarlo a alguien, te denunciaré por acoso.

Era la amenaza más frágil que mi voz ha podido formular. De todas formas no quería malgastar mis firmes palabras en alguien que podía derrumbarse en el asiento izquierdo con un roce.

Abrí mi puerta, y ella repitió mi movimiento con la suya. Parecía incapaz de reaccionar. Estaría sorprendida tras la huida, y tras “invitarla” a mi morada.

Mi vivienda es pequeña. Una fachada de color gris, con detalles negros. Quizá mostraba mi personalidad más de lo que yo podía mostrarla. Y mi aspecto ya daba bastantes pistas.

Le abrí la puerta como si abriese una galaxia ante ella.

Al menos el desorden y suciedad se reservan únicamente para el coche. No me hubiese gustado asustarla más de lo que ya podría estar.

La dirigí al comedor, y le señalé el sofá para sentarse.

–Perdona, no es la hora del té, pero... ¿quieres café? –pregunté probando un tono tranquilo,

inusual en mí.

–La verdad es que sí –intentó sonreír, aunque seguía notándose alterada–. Me alegra que no sea la hora del té. No me gusta.

Me quité las gafas.

–No te preocupes por eso. A mí tampoco –intenté hacerle olvidar lo ocurrido hace veinte minutos–. Somos unos pésimos británicos.

Fui a la cocina a hacer el café. Mientras la cafetera hacía su trabajo, volví al comedor y la vi sacando la ya conocida grabadora.

–Una duda. ¿Para qué tipo de periódico o revista trabajas?

–Oh, no es un periódico. Tampoco una revista. Es un blog sobre escritores. Pero he trabajado antes para un par de periódicos.

Intentaba poder salvar lo ocurrido de hoy con una buena faceta de mí en otro periódico, pero parece ser que no tengo forma de salvarme.

–¿Has entrevistado a otros escritores famosos? –quería ser comprensivo con ella, aunque no me llegaba a importar esa información.

–Pocos. El blog todavía no tiene mucha audiencia.

Genial. Después del sacrificio y mi esfuerzo por esta joven, me lleva a un público mínimo.

–Y... ¿por qué quisiste entrevistarme a mí de entre todos? –esa información sí me interesaba. Me senté en un sillón para parecer más cercano a ella.

Ella sonrió de una manera simpática e ingenua.

–Soy una verdadera fan suya.

Lo que me temía.

–Nunca faltó a ningún recital, y sinceramente quería mantener con usted una conversación. Aunque fuesen dos monosílabos –terminó de relatar.

Suspiré. Aunque quizá con un poco de alivio.

–En mi vida me han llamado muchas veces Ray Charles. Pero ojalá no llegue el día en que se me conozca como Jhon Lennon.

Reí ante mi propio comentario, pero ella no.

–No voy a hacerle daño, señor Elric. Realmente quiero hacerle ésta entrevista.

–Puedes tutearme mientras no estés grabando la entrevista. Ah, por cierto –me puse de pie–, el café ya está hecho.

Traje el café en una bandeja. También llevé mis galletas favoritas. Pocas veces tenía invitados, así que no tenía mucha comida.

Le serví el café. Estaba más alegre que cuando llegamos. Eso me hizo, extrañamente, un poco feliz.



–¿Quieres seguir con la entrevista, Elric? –su actitud era mucho más abierta que el sábado pasado en el bar.

–Todavía no. Prefiero hablar contigo un rato más –mi actitud también había mutado desde el sábado. Otro día habría añorado mi malhumor. Hoy permitía este cambio radical.

–¿Es esto una entrevista hacia mi persona? –preguntó coqueta. Es una chica encantadora, por mucho que quiera intentar desviar el pensamiento.

–Me extraña que lo tuyo sea sólo pasión –repetí la frase que ella soltó el sábado en el bar para encontrarnos hoy aquí.

–¿Por qué? ¿Estás insinuando que tengo una aventura? –su mirada se volvió más seria, pero seguía sonriendo.

Me levanté y me acerqué al tocadiscos para poder poner mi canción favorita.

–Afirmo que estás enamorada –por fin la música comenzó a sonar.

Al girarme para mirarla, levantó sus cejas ante mi respuesta, y su boca se abrió suavemente.

–¿Cómo sabes eso, Elric?

Ella quería rematar el camino que estaba tomando la conversación.

Me volví a sentar en el sillón.

–Lo puedo ver en tus ojos.

Sonrió. Quizá pensaba que esto era un juego.

–Además, estás enamorada de mí –mi tono se volvió mucho más serio que antes, y su postura se volvió mucho más rígida. Sus cejas entraron en un estado de seriedad, bajando de las nubes en las que se encontraban antes.

Hubo un pequeño silencio de escasos segundos.

–¿Qué te hace pensar tal cosa? –preguntó como si hubiese descubierto su mayor secreto.

–Te he dicho que lo veo en tus ojos.

Ella se levantó. Estaba realmente furiosa.

–Elric. Estás loco.

Hice una mueca girando la cabeza como un perro cuando no comprende qué le intenta decir su amo.

–Sylvia, te prometo que lo vi en tus ojos –le insistí mientras la agarraba del brazo delicadamente.

Me miró con la desesperación en sus ojos. Tenía que romper este silencio tan incómodo.

–Puedo ver los secretos de las personas a través de sus ojos.

La solté. Lo que ella hiciera a partir de ahora no me incumbía. De todas formas, no se movió del sitio. Permaneció de pie, clavada en el suelo de madera color caramelo de mi casa.

–Claro, por eso te pones esas estúpidas gafas –sonó más enfadada de lo que podía imaginar.

Desde que nací puedo ver los secretos más oscuros de las personas, pero nunca pensé que contarle a una persona su propio secreto podría irritarle tanto.

–Escúchame, Sylvia. He visto en tus ojos lo que no he visto en ningunos –intenté calmarla, pero su rostro no podía ser más inexpresivo–. Mi vida ha sido marcada por secretos ajenos que no he querido conocer. Que tu mayor secreto sea estar enamorada me hace tener fe en este mundo.

–No es siquiera mi mayor secreto –dijo con un tono serio, pero más relajada.

Suspiré.

–Entonces significa que tu mayor secreto ya se lo has contado a alguien. Eso ya no es un secreto –mi tono podía rozar el susurro–. Lo que he visto en tus ojos es simplemente lo que no has contado a nadie.

Ella pareció calmarse. Noté cómo sus manos acariciaban las mías. Estábamos muy cerca.

–Ya sé de qué color son tus ojos. Miel. Me gusta la miel.

No esperaba recibir esa respuesta ante la información importante que le estaba sirviendo en bandeja.

La miré fijamente.

–¿Quieres irte? –pregunté sin realmente querer que se fuera. Aun así, el momento era lo suficientemente incómodo como para que se fuese.

Se alejó de mí y recogió sus cosas.

–¿Te podré ver en tu próximo recital? –su voz volvió a ser atrayente. Volvió a acercarse a mí.

–No.

Ella se quedó en silencio.

–Pero nos volveremos a ver. Lo prometo –terminé de decir.

El momento no podía ser más incómodo. Pero a la vez alcanzaba unos altos niveles de ternura.

–Pues... estaré buscándote hasta que podamos vernos.

–Y yo estaré esperándote.

Seguíamos sonando como una novela adolescente. Quizá todavía no habíamos perdido esa parte de nosotros.

Me quedé de pie en ese mismo lugar, mientras ella se alejaba cada vez más de mí. La música no hacía nada a mi favor en estos instantes. Aun así, opté por no moverme durante unos minutos aunque ya se hubiese ido.

Me senté en el sillón.

Supe que éste era el momento que llevaba tanto tiempo esperando.

Como le dije a Sylvia, aunque no quisiera escucharme en aquellos instantes, realmente había visto secretos demasiado oscuros por ojos desconocidos. Había visto desde robos a bancos hasta maltratos a parejas, y sucesos muy lejanos a la sensibilidad de un niño.

Cogí mi cartera y saqué los poemas que había recitado el sábado. Éstos son los poemas que saldrían en mi próximo poemario. Mi próximo y último. Las llamadas que había manejado durante estos días eran para afirmar la salida a la venta de éste. Saldrá mañana.

Me levanté, como si estuviese en cualquier auditorio. Esta vez sin gafas ,y con los ojos bien abiertos.

–Elric Crawford: –esta vez mi nombre y mi apellido habían quedado igualados en veces que han sido nombrados.

*Algún día los ángeles perdonarán  
que conozca los secretos humanos.*

*Porque sólo ellos saben,  
que yo sé,  
que esos secretos les hacen menos humanos,  
y a ellos menos ángeles.*

*Quizá algún día reconozca,  
ante los demonios,  
que guardo un secreto.*

*Aquel 'algún día',  
cuando mi secreto deje de ser mío,  
y los demonios  
me guarden a mí.*

La canción terminó.